

LUIS SÁNCHEZ MARCOS

NO DUDES DE MÍ

Platero
COOLBOOKS 

Título: No dudes de mí

Primera edición: abril, 2025

© 2025, del texto Luis Sánchez Marcos.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 920-2025

ISBN: 979-13-87720-11-7

Para Clara, mi luz.
Para mis hijas, Marina, Gadea y Clara, mi razón de ser.
Para mis padres, por estar ahí, siempre.

ÍNDICE

Uno	11
Dos	27
Tres	41
Cuatro	61
Cinco	75
Seis	85
Siete	97
Ocho	109
Nueve	123
Diez	135
Once	147
Doce	163
Trece	173
Catorce	187
Quince	201
Dieciséis	215
Diecisiete	227
Dieciocho	247
Agradecimientos	259

La ira es una locura de corta duración

—Horacio

UNO

Cuando el mundo se para de repente a todos nos cuesta despertar, incluso a los árboles, que pierden el ritmo del tiempo. A esas alturas del otoño, antes de que todo comenzara a cambiar, los dos arces canadienses que coronan ambos lados de la salida del garaje de Jorge ya habrían perdido gran parte de su follaje. Y las hojas que aún aguantaran en sus ramas se habrían tornado ocres.

Jorge se abrocha el cinturón de seguridad, comprueba en el espejo central que las canas continúan su lenta expansión por encima de sus orejas, y presiona el botón de arranque de su recién estrenado Audi de empresa. Oye el rugido contenido del motor, aprieta el acelerador con suavidad y se desliza por la rampa de salida del garaje. Ha dejado a Marta durmiendo. Es muy temprano y sabe lo mucho que le molesta que la despierte. Y más que se arrime a darle un beso de buenos días y que el olor penetrante de su colonia —excesivo, según ella— le rompa el sueño.

Mira por el retrovisor y ve su chalé hacerse pequeño hasta desaparecer tras el primer giro. Pone rumbo a la oficina, mientras sigue dando vueltas en su cabeza al informe semanal que había recibido puntual en su despacho el día anterior, como cada martes. La demanda de energía sigue por los suelos, los precios se han hundido y los márgenes se han ajustado hasta convertirse en negativos en casi todos los mercados europeos, donde la empresa de Jorge solía obtener sus mayores beneficios a través de la venta de electricidad y gas. En los países del sur, la parte del negocio que él dirige, la situación es algo diferente, ya que siguen, casi milagrosamente, dando beneficios. Aunque bastante reducidos. Y ello se debe gracias, sobre todo, a la dirección acertada de Jorge. Por eso, a diferencia de otros directivos, no le preocupa que le puedan destituir. Al menos de momento. De otro modo, no le habrían renovado el coche. Pero se le está acabando el tiempo para dar con nuevas soluciones imaginativas que ayuden a que el balance global del negocio vuelva a dar números negros. Ya no le vale eso de decir «Philipp, ¿cuándo hemos fallado?,

siempre llegamos a cubrir los objetivos anuales, pero esta puta pandemia ha cambiado las reglas, me tienes que dar algo de tiempo». Algo se le deberá ocurrir, y más le vale que sea pronto. Porque su jefe ya ha mostrado signos de que se le está acabando la paciencia.

Gira la rueda del mando del todoterreno hasta que la enorme pantalla —«¿cuántas pulgadas tendrá?», se pregunta— le muestra «Agenda del teléfono». Busca por la C hasta dar con Celia y presiona el botón de llamada desde el volante. Alguien le ha comentado que es un antiguo, que el coche ya tiene hasta reconocimiento de voz, pero la única vez que había intentado activar esa función cuando le entregaron el Q8 había acabado a gritos con la Alexa de turno. Así que prefiere seguir con su forma tradicional.

—Buenos días, Jorge —dice Celia, con esa voz siempre alegre—, ¿saliste a correr ayer al final?

—¿Perdona? —Su mente estaba en otro lado y ella ríe.

—Que necesitabas liberar tensión y demás... no puedes dejar de cuidarte, no hagas que me preocupe.

—Ah, sí, gracias por preguntar, sí, saqué un rato y me vino muy bien para despejarme. —Hace una pausa, pero continúa rápidamente, sin darle tiempo a seguir con su siguiente consejo. Es su secretaria, no su madre—. Oye, ¿me puedes mirar la agenda del final de esta semana? La cosa se está complicando bastante y creo que Philipp me va a pedir cuentas pronto, así que quiero adelantarme e ir por Múnich. Necesito reorganizar las reuniones y que me saques vuelos. Me encajaría la ida mañana, y la vuelta el viernes, no muy tarde. ¿Me lo miras, por favor?

Silencio. Oye a Celia respirar suavemente al otro lado de la línea.

—¿Celia?, ¿sigues ahí?

—Sí, sí, aquí estoy, es solo que... pensaba que no querías viajar esta semana.

—Bueno, querer, querer, tampoco es que quiera, pero creo que me conviene convocar al equipo alemán y darles datos de la oficina de Madrid. Un poco de alpiste que llevarse a la boca, ya sabes, tenerlos contentos.

—Ya... pero recuerda, Jorge, este viernes es tu aniversario. Me dijiste hace unas semanas que no querías que te pasara lo del año pasado —dice Celia, con delicadeza.

—¡Joder! Coño, claro que sí, lo había olvidado. Bueno, Marta lo entenderá, ¿sabes?, tengo que viajar, es importante. Los números no van bien.

Busca la aprobación de Celia, pero solo encuentra su silencio. Ella es mucho más que su secretaria. Es su agenda, sus ojos y sus oídos en la oficina de Madrid. Es la que se entera de todo mientras él no está, la que le cuenta los

chismes, la que le avisa si algo se tuerce. Y se ha convertido, en esos últimos años también, en la persona que mejor conoce el caos de su vida privada. Tanto que poco a poco ha ido organizándole la agenda personal, recordándole sus fechas clave con Marta.

—Mira, como estaré con la cabeza ida en Múnich —continúa Jorge—, ¿te podrías encargar de que le llegue un ramo de flores o algo el mismo viernes? No sé, rosas de colores, rojas... o blancas, qué sé yo, lo que tú veas, que yo para esto no tengo mucha idea, ya sabes. Luego yo ya le organizo una cena para el viernes o sábado.

—Jorge, no le gustan las rosas. —Silencio incómodo—. Bueno, no te preocupes, que yo me encargo.

—Celia, de verdad, no sé qué haría sin ti, eres la mejor.

—Lo sé. —Suelta una carcajada.

La enorme pantalla central muestra otro mensaje: «Llamada entrante: Olivia». Nota cómo se le acelera el pulso.

—Gracias por encargarte de Marta. Oye, te tengo que dejar, me llama el jefe supremo.

—¿Darth? ¿Tan temprano?, no son ni las ocho y media... Claro, cógele, anda, te veo en un ratito.

Cuelga. Tras aclararse la garganta, pulsa «Aceptar» y saluda con su tono más alegre.

—Hola —responde la voz suave de Olivia—, ¿conduciendo ya? ¿Camino de la oficina?

—Sí, tengo mucho lío. —Suspira—. Pero estoy viendo si puedo escaparme para allá mañana con cualquier excusa.

—Vamos, si ahí mandas tú, no me digas que no puedes hacer lo que quieras. ¿No puedes venirte hoy mismo? Me pongo cachonda solo de pensar en la última vez, ¿sabes?

—Yo también... aunque no sé si era más por el acojone de que nos pillaran.

—Anda y que te den —dice Olivia. Ríen. Continúa, ahora casi susurrando—. Oye, te llamo luego, ¿vale? Si no vienes, tú te lo pierdes. Besos. —Cuelga.

Vuelve a mirarse en el retrovisor. Sonríe. Sabe que, a sus cuarenta y seis años, sigue teniendo el mismo tirón de siempre. Toma el siguiente desvío de la autopista y, tras girar en la primera rotonda, enfila la calle de edificios modernos en la que se sitúa su oficina. El suyo es inconfundible, situado al final de la avenida, moderno, de siete plantas y el único de la zona que, según Marta, tiene una «fachada horrorosa», de cristal oscuro y coronado en su azotea con un logotipo luminoso de la empresa.

Un pitido desconocido le sobresalta al coger la rampa de entrada al garaje. El indicador de reserva de gasolina se acaba de encender. Es algo más anaranjado que en su coche anterior, pero tiene ese mismo dibujo inconfundible. «Coche nuevo, viejas costumbres... ya te echaba de menos», sonríe. Aparca en su plaza privada del *parking*, sale del vehículo y accede a los ascensores que le llevan directamente a la planta de dirección.

—Buenos días —dice Celia, esperándole en la entrada de su despacho de jefe de *trading*.

—Hola, madrugadora. —Jorge le sonríe—. ¿Me dejas que me quite la chaqueta y encienda el ordenador al menos?

Como parte de su ritual diario, Jorge aprieta el botón de la cafetera, que Celia le ha dejado preparada con su dosis diaria de *ristretto*, gira alrededor de su mesa de madera clara hasta alcanzar el ratón, lo mueve para desbloquear sus dos pantallas, se quita la chaqueta, baja la cortina de la ventana hasta media altura y finalmente se deja caer sobre su silla ergonómica.

—Ahora sí, soy todo tuyo. Dime, ¿qué me traes por aquí?

Celia avanza por el despacho hasta alcanzar el lado opuesto de la mesa y le extiende a Jorge dos carpetas con informes.

—Marchando el resumen de cierre de la semana anterior, el semanal de ayer, el de los martes, por si quieres otra copia, y el de incidencias. Tus chicos ya tienen los informes diarios de mercado también. ¿Qué tal con Darth, cómo es que llamaba tan pronto?

—¿Perdona? —Un segundo le basta para darse cuenta del despiste—. Ah, sí, bien, nada, llamada rutinaria de las tuyas. Ya sabes, Philipp está algo paranoico, cada día me llama más temprano —dice con cierta desgana, mientras desliza el cursor sobre sus últimos correos electrónicos—. Muy bien, no se hable más, es hora de ir a la pecera. —Coloca sus manos sobre la mesa y de un impulso se vuelve a incorporar, guiñando un ojo a Celia al mismo tiempo.

Hace ya años que alguien le dio un gran consejo: no hay mejor truco para medrar en una empresa que llevarse muy bien con las secretarías. Y utilizar su poder invisible dentro de la organización. Todo el mundo habla delante de ellas de forma despreocupada. Lo único que tienen que hacer es escuchar. Y confiar en ti, o querer algo a cambio, para luego contártelo todo. Por eso es crucial trabajarse las relaciones con ellas. Por pura estrategia. O por necesidad. O supervivencia. Con Celia, sin embargo, existe algo que va más allá. Jorge lleva con ella más de catorce años, casi toda su carrera, tiempo por el que ha pasado de ser la secretaria del equipo a ser su secretaria personal, tras su reciente ascenso.

Salen del despacho, se despiden con un «Te veo luego» recíproco y Jorge

baja por las escaleras acristaladas que le conducen a la sala central de *trading*. Su equipo ya está trabajando desde primera hora de la mañana.

—Buenos días, chicos —dice con tono elevado, provocando que sus ocho jefes de departamento, situados en un lateral de la pecera, levanten las miradas de sus monitores—, ¿algo nuevo que tenga que saber antes de ver al equipo alemán?

Ante él, la gran sala diáfana con hileras de mesas repletas de monitores, unos encima de otros, colocados como grandes paneles digitales de un concierto de *rock*, los más de ciento cuarenta *traders* con cascos inalámbricos hablando al aire o gritando a sus teléfonos grabadores, sonidos de teclados sobrevolados por dedos repiqueteando en sus letras a toda velocidad, papeles que vuelan y aterrizan por el suelo, algún café derramado, una secretaria corriendo entre las mesas buscando a alguien, un móvil sonando que nadie contesta, pantallas con enormes números rojos y verdes parpadeantes, gritos, risas, murmullos chocando contra todas las paredes, más pantallas gigantes suspendidas del techo mostrando gráficos y la CNN en directo emitiendo noticias de un petrolero en llamas en el golfo Pérsico. Todo conformando una danza del caos en la que cada elemento sabe perfectamente lo que tiene que hacer. Esa es la savia que alimenta a Jorge todos los días en la oficina.

Extiende su mano hacia Javier, su analista principal, que le acerca el informe diario: tres hojas con el resumen detallado de las últimas noticias del mercado energético, evolución de la demanda, futuros de precios del gas y la electricidad para los próximos meses, previsión del tiempo, posibles alteraciones del suministro, nuevos compradores y otros cuantos indicadores más. El informe siempre tiene el mismo formato, así que Jorge lo coge sin detenerse en su camino hacia la sala de videoconferencia, y lo hojea buscando las cifras más relevantes. Los últimos dieciocho meses han sido excepcionales. Raros. Con un virus diferente, demasiado cercano al anterior y que mantiene a la comunidad científica despistada, sin soluciones. Y que se ha ido extendiendo, casi sin avisar, obligando a detener de nuevo el giro del mundo. Y, con ello, las ventas y todo su negocio. Tanto que la cuenta de resultados del año de su compañía va a volver a marcar un récord histórico de pérdidas por segundo ejercicio consecutivo.

Sus jefes de equipo han dejado las mesas de trabajo y tratan de seguir su estela a paso rápido, como el que sigue a un mesías al que rara vez alguno se atreve a cuestionar. Al llegar y entrar en la habitación pueden ver ya, en las pantallas que cubren la pared frontal, a Nick con su propio equipo preparado para comenzar la llamada diaria.

—Buenos días, españoles —se adelanta Nick—. Venga, Jorge, que luego

os quejáis de que nos metemos con vuestra puntualidad. —Ríen en Múnich.

—No creas que os envidiamos, sabemos que vosotros dormís en la oficina, sois unos entregados a la causa, sería jodido que llegarais tarde a la *call*. —Ahora ríe el bando de Madrid.

La sala está diseñada con la última tecnología para crear la sensación más real posible, como si ambos equipos se encontraran sentados cara a cara en una misma mesa de reuniones, en lugar de estar separados por tres grandes paneles digitales de alta definición, colocados conformando un semicírculo. Varios jefes de departamento de Nick se sientan en la sala gemela de la oficina de Múnich, a ambos lados de él.

Suena el móvil de Jorge. Es Celia. Junta las palmas de las manos en señal de disculpa por tener que ausentarse y se levanta de la mesa a la vez que coge el teléfono.

—Dime, Celia —contesta mientras sale de la habitación.

—Ya tienes tus vuelos, salida mañana en el primero de la mañana. Vuelta el viernes algo antes, déjame que mire. —Silencio, dos, tres segundos—. Aquí está, eso es. Viernes, vuelta a las tres de la tarde. Así llegas a tiempo para cenar con Marta.

—Genial, eres... ya sabes, la mejor. —Cuelgan.

Coge su móvil y empieza a teclear: «Busca alguna excusa en casa para liberarte la noche mañana. Nos vemos». Selecciona a Olivia en la lista de contactos y pulsa enviar.

Un aroma a pan tostado invade la estancia en pocos segundos. Tomate, aceite, sal, una jarra de zumo y dos cafés —uno solo y muy largo para él, otro más corto y con leche para ella—, completan la mesa de desayuno situada frente al amplio ventanal de la cocina. Marta entra en la estancia con el camión preferido de Jorge y su pelo rubio desordenado. El día ha amanecido gris plomizo y las primeras gotas de lluvia comienzan a golpear contra la cristalería. Acercan sus mejillas en un ademán de darse el beso de buenos días, pero no llegan siquiera a rozarse.

—¿Has descansado bien? Aquí tienes todo, cariño. Me tomo el café y salgo rápido, que ya voy justo —dice Jorge sin levantar la mirada, mientras termina de rellenar de leche la taza de Marta.

—¿No tienes cinco minutos para mí? Si sé que te ibas a ir tan rápido ni me levanto... me hubiera quedado durmiendo un rato más.

—Lo siento, se me pasó decirte que desde que se han reanudado los vuelos a Múnich han ajustado los horarios y reducido la frecuencia... Es como si

nada acabara de funcionar aún. —Da un sorbo con la mirada abstraída hacia el interior de la taza—. Total, que el avión de la mañana sale veinte minutos antes. —Ahora sí se miran y Jorge reconoce bien esa expresión torcida de Marta—. Vale, claro que sí, tengo cinco minutos para ti. —Se sienta y sirve dos zumos.

—No pasa nada, no voy a rogarte, ¿sabes? —Marta, sentándose a su lado.

—¿Empezamos así el día?

—Mira, déjalo. De verdad. He dormido mal, necesito un café para ser persona. —Marta hace una pausa—. Y, no sé, volvemos a tu rutina de viajes...

—Es mi trabajo, Marta, no sé muy bien qué quieres que haga.

—No lo sé yo tampoco, es solo que... siento que hemos pasado unos meses más cerca que nunca con esta mierda de pandemia. —Marta apoya su mano sobre la de Jorge—. Y ahora volvemos donde estábamos. Y no sé si hemos avanzado nada en lo nuestro.

—¿Lo nuestro? ¿Estamos hablando de nosotros, o de algo o alguien más? —Jorge desliza su mano hacia atrás por debajo de la de Marta hasta liberarse de ella, apura el café y se levanta, retirando la chaqueta del respaldo de la silla.

Unos minutos con Marta, nada más, han bastado para que Jorge comience el día alterado. Y es que empieza a sentirse abrumado por ella, siente que necesita aire. El aire de Múnich. Sube al dormitorio, termina de organizar la maleta, la coge junto con el portátil y baja de nuevo a la cocina. Marta sigue sentada en silencio, mirando a través del ventanal.

—Hueles a colonia desde aquí —dice ella, girando su mirada hasta encontrarle y dedicándole una sonrisa tímida.

—No hagas planes para el viernes noche, llego a media tarde. —Se despiden con un lacónico «te quiero» y se lanzan un beso al aire como parte de una despedida fría y casi mecanizada.

El trayecto al aeropuerto se le hace tan corto, metido en sus pensamientos, que al aparcar en la zona reservada para viajeros frecuentes se pregunta cómo ha llegado hasta allí, sin casi darse cuenta de haber conducido. Poco a poco las restricciones para viajar se han ido reduciendo, aunque el ritmo de incremento del tráfico aéreo es todavía muy lento y la mayoría de pasajeros con los que se ha cruzado esas semanas en el aeropuerto vestían aún traje y corbata. El turismo sigue bajo mínimos y no se espera que mejore en poco tiempo.

Jorge se detiene delante de la terminal, coge su móvil y teclea: «Salgo en 50 minutos. Cenaré con Nick, pero espérame despierta». Las puertas de cristal se deslizan para darle paso. Después de casi dos años sin viajar a Múnich, la vuelta a sus viajes regulares aún le resulta algo extraña. Pasillos más

largos que los que recordaba, una pareja de enamorados besándose de forma clandestina, saltándose las normas de distancia en una zona de espera semi-desierta, azafatas con mascarilla enfrascadas en una absurda rutina frenética de preparativos antes de anunciar el inicio de un embarque casi vacío, tiendas cerradas en las que no cuelga ni ese cartel esperanzador que anuncia una próxima apertura y cafeterías con las baldas llenas de unos zumos que antes siempre se acababan. Esa es la nueva vida al ralenti de esa microciudad del aeropuerto por la que Jorge transitaba, cada dos o tres semanas, esquivando las maletas de los pasajeros, antes de que todo cambiara.

Las dos horas largas de vuelo se le pasan casi sin darse cuenta, sin levantar la mirada de su portátil y revisando programas y modelos de precios. Queda solo un trimestre para acabar el año y necesita un último esfuerzo del equipo para cerrar el ejercicio dignamente, cumpliendo por los pelos los objetivos anuales. Aun así, sabe que no será suficiente. A pesar de que la vida va volviendo poco a poco a recobrar cierta normalidad, las cuentas en la oficina central de Múnich no van bien, lo que sin duda afectará seguramente a los bonus del año. Y ya no puede exprimir mucho más a su gente en Madrid para buscar más negocio donde no lo hay.

Un BMW negro reluciente le está esperando al salir de la terminal. Atrás quedan esos largos años de *trader* raso en los que pedía un Uber que le recogía de forma casi clandestina en la zona de salidas. A la llegada a la oficina, Nick está esperándole en el amplio *hall* acristalado de entrada. Detrás de él, al otro lado de los tornos de seguridad, un gran panel electrónico con el logo gigante de Zentron Global Energy y dos pantallas colgantes que muestran la cotización parpadeante del Dax30 y el EuroStoxx50.

—Aquí viene el salvador —dice Nick, mostrando una amplia sonrisa y abriendo los brazos para abrazarle.

—Menos guasa, cabrón. —Ríen y se abrazan, ignorando toda precaución de contagio—. ¿Qué tal, Philipp, no le ha dado un infarto aún? —Ríen con más fuerza.

—Pues ya me dices tú cuando le veas arriba, yo diría que algún kilo sí que ha perdido.

—¿Cenamos y nos ponemos al día de estas últimas semanas?

—Hecho.

Cruzan los tornos y enfilan hacia los ascensores acristalados que les conducen directamente a la planta noble. Anna, la secretaria de Philipp, les está esperando arriba, al otro lado de las puertas de cristal.

—Bienvenido, Jorge, ¿has tenido un buen vuelo? —dice, mostrando una dentadura perfecta detrás de la sonrisa.

—Los he tenido peores. Un placer viajar casi solo, la verdad, no creo que fuéramos más de treinta pasajeros. —Jorge le devuelve la sonrisa y, junto a Nick, sigue a Anna por un pasillo iluminado que les conduce hasta el despacho de Philipp.

Anna da dos toques de nudillos en la puerta del despacho y la abre, dejándoles pasar. Una mesa rectangular de piedra clara y poca altura, rodeada de sillones mullidos rellena un lateral del despacho. Una mesa de escritorio de madera oscura, con dos grandes pantallas y estanterías repletas de carpetas, rellenan el lateral opuesto. Frente a ellos, toda la pared frontal es un gran ventanal de techo a suelo que muestra una privilegiada vista de la ciudad. Philipp se acerca a ellos con su muy cuidado corte de un pelo bastante más canoso de lo que recordaba Jorge, sus gafas negras de pasta y su traje gris perfectamente entallado.

—Ya tenía ganas de verte, Jorge —le dice, mientras hacen un amago de estrechar las manos.

—Igualmente. Una pena no haber coincidido porque esta debe ser la tercera o cuarta vez que vengo desde que vuelve a haber vuelos, pero nos hemos cruzado. Y yo que pensaba que estábamos casi en cuarentena aún. —Ríen—. ¿Qué tal el viaje por Singapur?

—Todo igual, nuestro socio asiático sigue sin entender el negocio europeo. Pero ya sabes, hay que verlos y tenerlos contentos, por difícil que sea en estos momentos, cualquier cosa con tal de que no quieran vender su parte de la empresa. Más vale un mal inversor conocido... que otro aún peor —contesta Philipp y vuelven a reír al unísono, mientras les hace un gesto con el brazo extendido indicando que se acomoden en la zona de sofás.

—Allí la pandemia ha arrasado con todo, demanda, industrias... pero apostaron antes por esos placebos, que algún resultado están dando...

—¿Placebos? —interrumpe a Nick—. Hay que reconocerles que han contenido algo el virus, al menos en las edades menos vulnerables... aunque sea a base de esa mezcla de medicamentos...

—Vale, te lo acepto... —continúa su amigo—. Pero nadie se cree que esa combinación de medicamentos realmente funcione... si fuera así, ¿por qué no hay distribución masiva aquí? Como en Europa somos como somos... no entiendo a qué esperamos para aprobar algo parecido hasta que algún laboratorio dé con una solución definitiva, una vacuna... En fin, así que ahora el nubarrón se está desplazando y lo tenemos encima de nosotros, aquí seguimos con la demanda bajo mínimos —dice Nick, simulando cortarse el cuello con la mano—. En un momento te enseñamos más datos, Jorge.

Toman asiento alrededor de la mesa y prosiguen la conversación. Nick

coloca un portátil y proyecta la imagen sobre una pantalla gigante que cubre toda la pared que tienen frente a ellos. Philipp no dibuja un escenario muy esperanzador, con la demanda de energía y los precios hundidos como no se recordaba en las últimas dos décadas. La esperanza reside en Jorge y el negocio del sur de Europa. Y él lo sabe.

—Desde Madrid lo vemos parecido, en este momento nos salva que Asia va saliendo antes de la crisis, ya lo sabéis. Tenemos todos nuestros barcos en el mar ahora mismo desviados hacia allí —comienza Jorge, disfrutando de saberse imprescindible—. Si fuera por el sur de Europa, estaríamos bien jodidos también. Nuestros puertos están secos... aquí no hace falta ese gas.

—Es lo que tiene jugar con tus barquitos. Si tuviéramos el puto mar aquí en Centroeuropa también... con las tuberías, no tenemos ninguna opción a desviar una mierda a ningún otro sitio —dice Nick, mostrando su frustración.

—A ver si iluminas un poco a Nick, algo se nos tiene que ocurrir —dice Philipp, con ese tono paternalista que tanto le gusta a Jorge y que sabe que Nick odia.

Dan vueltas sobre los mismos temas durante casi cuatro horas más, solo interrumpidos por Anna y el servicio de *catering* durante la comida, sin llegar a ninguna conclusión. Excepto que tienen que salvar el beneficio del año. Cuando la ciudad ya se vislumbra a través del ventanal cubierta por la luz de las farolas, concluyen la reunión por el momento. Jorge y Nick se acercan a pie desde la oficina a su restaurante habitual, donde tienen una reserva para cenar en su rincón preferido.

—No tenías que justificarte delante de él —dice Jorge, una vez sentados a la mesa, mientras hojea el menú.

—No te jode, tú lo tienes fácil, pero yo estoy aquí en la mierda —contesta Nick, alterado y mirando fijamente a Jorge por encima de su menú.

—Lo sé, pero Philipp también. Él ya sabe que mi negocio es distinto al vuestro. Y tú no tienes la culpa, es así y punto. Si te justificas, te muestras débil delante de él. Huele sangre y va a por ti.

—«A ver si le iluminas un poco» —Nick, imitando la voz de Philipp y ladeando la cabeza de lado a lado de forma brusca—. Es que me pone malo el muy cabrón.

—Coño, Nick, tú estás aquí, todos los días con él. A mí no me ve más que una o dos veces al mes, no me digas que no le cuentas, te insisto que él sabe que mi negocio es distinto...

—Sí, claro. Si me llevo de puta madre con él. Pero cuando estás tú se vuelve gilipollas.

—No estarás celoso, ¿eh? —Jorge sonríe.

—Anda y que te jodan. —Ríen los dos.

A su alrededor, ocupando las mesas convenientemente alejadas entre sí, parejas y pequeños grupos con chaqueta y corbata mantienen conversaciones animadas. La cena va rápida. Nick y Jorge repiten sus menús favoritos y llegan pronto a los postres.

—Mira, Nick, yo en tu lugar apostaría más al financiero. El mercado físico está muerto, *caput*. Apura hasta el máximo los límites de riesgo, coge posiciones más grandes, especula... ya estamos jodidos, no tienes otra. Te la tienes que jugar.

—Sí, supongo que sí —dice Nick, pensativo—. Noto muy raro a Philipp. —Cambia repentinamente de tema.

—¿A qué te refieres?

—No estoy seguro. Parece nervioso. Sale de la oficina a horas poco habituales en él, desaparece... luego vuelve tarde.

—Lo que está es asustado. Esto no levanta y ya son casi dos años largos de mierda.

—No, no. Es distinto. El otro día estuve en su despacho...

—¿Y?

—No sé. Me llamó y al entrar colgó el teléfono como cabreado —dice Nick, mirando fijamente su copa medio vacía mientras pone al vino a danzar en círculos—. Luego hizo un comentario extraño. Sobre Olivia.

—¿Su mujer? ¿Qué clase de comentario?

—Sí. Algo así como que no le iba a quedar más opción que ponerle chófer para que no llegue tan tarde a casa.

—Bueno, yo no veo nada raro, ¿no? Trabajaré hasta las tantas... no te jode, pues como él.

—Luego me dijo que si estaba seguro de mi pareja, que elija bien que luego me «puede salir una Olivia».

—¿Y qué quería decir?

—Ni puta idea, la verdad. —Nick levanta la copa y apura el último sorbo del tinto.

El camarero les acerca la cuenta y Jorge está más rápido para cogerla y llevarse la mano a la cartera. Acuerdan entre risas que la próxima vez pagará Nick, siguiendo el mismo ritual de siempre, aunque ambos pasan esos gastos a la empresa. Jorge agradece a Nick su ofrecimiento de llevarle en su coche al hotel, pero le dice que llama al coche de empresa. Se despiden hasta el día siguiente con otro abrazo que no respeta ni sigue ninguna regla de los últimos meses de confinamiento. Jorge vuelve a sentarse y coge su móvil: «Acabando cena con Nick, ¿nos vemos?» El símbolo de mensaje entregado se torna azul

en menos de dos segundos. Llamada entrante.

—Claro. Te espero con dos *gin-tonics* —susurra Olivia al otro lado. Cuelgan.

Jorge vuelve a la agenda del teléfono, pasa por encima del número del chófer de empresa, duda un segundo, pero continúa hasta llegar a «taxi München». Llama.

Al salir del restaurante, una lluvia fina se percibe a su paso por las aureolas de luz de las farolas. Han pasado cinco minutos desde que se despidió de Nick, tiempo suficiente para asegurarse de que haya desaparecido camino de vuelta al *parking* de la oficina. Abre su paraguas plegable negro y camina con cierta dificultad, arrastrando su *trolley* mientras las pequeñas ruedas dan tumbos por el suelo adoquinado. Un taxi blanco aparece por la primera bocacalle, gira hacia él y aparca apurando tanto el borde de la acera que el agua acumulada en el arcén salpica sobre sus zapatos. En otro momento, se habría encarado con el conductor. Pero está feliz pensando en su cita.

La segunda residencia de Philipp y Olivia está a veinte kilómetros a las afueras de Múnich, cogiendo la A99 de circunvalación hasta la salida 7. Es tarde y no hay apenas tráfico, así que Jorge aprovecha los escasos minutos que tiene.

—¿Qué tal?, ¿cómo ha ido tu día? —La luz del móvil reflejada en su cara ilumina el interior del vehículo.

—Horrible... estoy ya en la cama —susurra Marta—. ¿No has tenido tiempo en todo el día para llamarme? Es que no sé ni qué hora es...

—Las once pasadas.

—¿Sabes qué? Tengo celos.

—¿Perdona?

—Sí, celos de tu puto trabajo. Es que sales por la puerta y no sé ni cuándo te acordarás de llamar.

—Perdona, Marta, he estado a tope, de verdad. Mañana hablamos con más calma, pero no hagas planes para la noche, ¿eh? Descansa. Te quiero. —Cuelga. El taxi vuelve a la oscuridad y al silencio, solo perturbado por la danza acompasada de los limpiaparabrisas.

Tras salirse de la autovía y coger un último desvío necesario, se adentran en una zona boscosa por una carretera bien iluminada a ambos lados. La verja de entrada del chalé se abre a su llegada y el taxi continúa por un pequeño camino hasta la puerta principal. Ha parado de llover. Paga al taxista en efectivo dejando una propina suculenta. Un agradable olor a tierra húmeda mezclado con leña quemada le atrapa al salir del coche. Varias habitaciones de la única planta de la casa están encendidas. La luz se desborda hacia el

exterior a través de los grandes ventanales, iluminando la entrada y parte de la fachada de madera y piedra.

—Jorge, el afortunado —dice Olivia, sonriendo y con su perfecto acento inglés, desde la puerta abierta de la casa—. Llegas justo para no mojarte.

Él le devuelve la sonrisa y recorre el cuerpo de Olivia con su vista en solo un parpadeo. Está descalza, solo con sus medias, viste una blusa clara ceñida con los botones superiores abiertos, mostrando la parte central del sujetador, y pantalón de traje oscuro cuyo color Jorge no acierta a ver con nitidez. Está ligeramente recostada en el marco de la entrada y sujeta una copa en su mano izquierda. La luz del interior proyecta su figura estilizada sobre la escalinata mientras el destello rojizo de las luces traseras del taxi se desvanece, a la vez que se va apagando el rugido del motor.

—Tengo otro para ti —dice Olivia, sonriéndole y levantando el *gin-tonic*.

—No esperaba menos. —Jorge le devuelve la sonrisa—. Perdona por las horas, no sabes lo que habla Nick. —Ríen—. ¿Qué excusa le has puesto a Philipp esta vez?

—Nada nuevo, la verdad. Sabe que estoy hasta las tantas trabajando en el laboratorio estos días. Estará despierto trabajando en su despacho, llegue a la hora que llegue.

—Bueno, mientras no le dé por vigilarte, todo bien...

—¿Qué quieres decir?

Sube las escaleras y se acerca a ella hasta abrazarla, dejando la pregunta sin contestar. Se besan y sus lenguas se entrelazan. Siente de nuevo esa sensación que tanto necesita para sentirse vivo. Desliza las manos por la espalda de Olivia hasta las caderas, nota su piel tersa bajo la blusa, sigue bajando hasta colocar las palmas bajo el culo y la atrae hacia sí con fuerza hasta que chocan sus cuerpos.

—Joder, qué largo se me ha hecho el día —le susurra al oído, mientras le retira su copa y la coloca sobre la mesilla del recibidor.

—Calla, que es tarde. —Olivia empuja la puerta con un pie, que cierra de un portazo, y Jorge siente cómo ella le coge la mano, la desliza hacia su entrepierna y guía sus dedos con un movimiento circular—. A mí también se me ha hecho muy largo. —Lanza un gemido.

Jorge la agarra de la cintura y la eleva con fuerza, Olivia le atrapa enroscándole sus piernas lo que permite que Jorge deslice sus manos bajo su culo. Dan un giro como una peonza descontrolada y, de una patada involuntaria, la copa apoyada en la mesilla sale despedida, desparramando cristales y ginebra por todo el *hall* al reventar contra el suelo. Jorge camina con ella en volandas a través del salón hasta chocar contra la enorme librería de pared de Philipp.

Olivia le desabrocha el pantalón y mete la mano, Jorge siente sus dedos avanzar por debajo de su ropa. Entonces vuelve a levantarla por el salón hasta el sofá, la tumba bocarriba, sentándose sobre ella a horcajadas.

—Y yo que solo venía a por mi *gin-tonic* —bromea y saca una carcajada de Olivia.

Se quita la camisa y la lanza donde caiga, ayuda a Olivia a desprenderse de su blusa, arrastrándola hacia arriba por su cabeza y a través de sus brazos extendidos, y se abalanza sobre ella atacando su cuello con la lengua. Sin saber cómo, sus pantalones también desaparecen y Jorge siente el cuerpo húmedo de Olivia al introducirse dentro de ella suavemente. Acompasan sus movimientos en una danza perfectamente coordinada. Con cada embestida recibe un gemido de Olivia. Él marca el ritmo. Tiene el poder. Y disfruta del control.

—¡Eh! ¿Por qué te ríes? —Olivia, al ver una sonrisa en la cara de Jorge.

—Nada, perdona, es que... no sé, tonterías...

—Venga, dime, ¿qué pasa?

—Es una tontería, de verdad... es que he recordado cómo se movían los *limpias* del taxi al moverme sobre ti. —Jorge ríe, algo incómodo.

—Serás idiota. —Olivia suelta una carcajada, pero vuelve enseguida a entornar sus ojos hasta cerrarlos—. Sigue, venga, sigue, no pares...

Aceleran la cadencia, Jorge nota su corazón subiendo las revoluciones, siente su espalda húmeda, cambia el apoyo de sus manos sobre el sofá, pero una de ellas se desliza entre dos cojines, pierde el equilibrio y cae sobre ella, sus torsos chocan e intercambian sudor, vuelve a recuperar la posición y la frecuencia del movimiento, otros cojines pequeños de colores caen al suelo golpeados por sus piernas, rompiendo la armonía de la decoración original, los gemidos se agudizan, la respiración se entrecorta, acelera aún más, y más... y se deja ir dentro de ella.

El crepitar de la leña consumiéndose en la chimenea les mantiene hipnotizados. Jorge acaricia el pelo oscuro y largo de Olivia. Sentados en el suelo, apoyando sus espaldas contra el sofá, semidesnudos, tan solo arropados por una manta, observan las figuras que las llamas dibujan delante de ellos.

—¿A qué te referías antes con eso de que Philipp me vigilara? —Olivia rompe el silencio.

—Nada, cosas mías.

—No te estarás volviendo paranoico ahora, ¿no? —Olivia se separa un poco de Jorge para poder verle bien la cara—. Cuanto antes me lo digas,

mejor. Paso de rollos raros en mi vida. —Ríe.

—Nada, de verdad. Noté a Philipp algo nervioso hoy en la oficina. ¿Está cambiado estos días en casa? —Jorge coge hielos de la cubitera y rellena dos copas con ginebra. Devuelve la botella a la mesa baja de cristal que se interpone entre ellos y la chimenea.

—No, nada fuera de lo normal. Un poco coñazo sí que está con mis temas.

—¿Qué temas? ¿Trabajo?

Olivia le señala unos sillones situados en la esquina opuesta del salón, al lado de una pequeña barra de bar. Le dice que ese solía ser su rincón favorito de la casa, cuando las cosas iban bien con Philipp. Y es allí, todavía, durante ratos muertos los fines de semana, donde Olivia pasa horas hablándole de sus avances en el laboratorio. Dirige un equipo especializado en estudio y desarrollo de fármacos y vacunas contra diferentes tipos de virus. Pero el coronavirus actual es diferente a todo lo visto antes, por lo que se ha convertido en un reto de dimensión mundial, y lleva meses dedicando toda su vida y energías al desarrollo de una solución efectiva.

—Si te digo la verdad, estoy agotada. Todo son problemas aquí y allá en Koether&Koether.

—¿Con tu equipo?

—Es largo de contar. —Olivia retira la manta, les destapa, se sienta encima de él y apoya sus brazos sobre los hombros de Jorge, cara a cara—. Solo te digo que quiero jubilarme pronto, ¿y si desaparecemos? Nos vamos lejos, no tendríamos que escondernos nunca más...

A pesar de llevar solo unos meses con ella, Jorge ya conoce bien esos momentos de ensoñaciones imposibles de Olivia.

—Vamos paso a paso, ¿no te parece?

—Ya está el cerebral. Déjame volar un poco, ¿no? —Olivia sonríe y le besa—. ¿A qué hora te vuelves mañana?

—Temprano por la tarde, pero tengo la mañana a reventar. —Jorge le devuelve el beso, sus lenguas vuelven a encontrarse.

—¿Cuándo nos volvemos a ver?

—La semana que viene tengo a Marta de viaje en un congreso de pediatría —dice mientras retira un mechón de pelo de la cara de ella.

—Entonces te puedes volver, ¿no? Aquí te espero así. —Olivia se lleva las manos bajo sus pechos y los eleva ligeramente. Sonríen.

Jorge explica que tendrá una semana siguiente complicada en Madrid, que tratará de hacer una escapada a Múnich y que esa noche se quedaría con ella hasta el amanecer, pero no hay que tentar más a la suerte, así que será

mejor que se vaya al hotel. Se levanta y le lleva un rato recoger su ropa desperdigada por todo el salón. Pero sigue inquieto dándole vueltas a las palabras de Nick durante la cena, así que decide probar otra vez.

—A lo mejor deberías apagar el móvil cuando nos veamos.

—¿De verdad vuelves con eso? —Olivia termina de enfundarse el pantalón con un pequeño salto, ahora sería—. Me empiezas a preocupar ya, ¿qué coño te pasa?

—¿Estás totalmente segura de que Philipp no sabe nada de lo nuestro?

—Totalmente. No es de los que se callan si sabe algo.

—En la oficina no es así. No hubiera llegado a CEO. Imposible. —Jorge termina de abotonarse la camisa.

—Y tú, ¿eres así?

—Así cómo.

—De los que ocultan cosas. —Olivia se acerca sensual hasta colocarse tan cerca que Jorge siente su aliento cochar contra su cara.

—Yo no soy CEO.

—Bueno, no lo eres, no. Todavía.

—¿Qué quieres decir?

Olivia se separa de nuevo dando un par de pasos hacia atrás.

—Tu taxi debe de estar al llegar.

—No cambies de tema. —Jorge odia esa manía de Olivia de jugar con él a no ser clara.

—Philipp tiene un problema.

—¿De qué hablas?

—Está cansado. Va a dimitir. Seguramente pronto. —Hace una pausa, Jorge está confuso—. Pero no sabe aún a quién propondrá como sucesor. Debería ser Nick, es el segundo de Múnich. Pero no le acaba de convencer.

—¿Entonces?

—Le gustas más tú.